Turismo/12

CUBA

Tanto la isla grande como el sistema de cayos ofrecen finísimas arenas y aguas cristalinas para un verano inolvidable



La ciudad de Trinidad, a unos 380 kilómetros de La Habana, revive climas apacibles y se permite tiempo para disfrutar de la música de los artistas que convidan las casas de la Trova, las que despliegan el arte cubano por toda la isla. Fundada por Diego Velázquez, es la tercera ciudad más antigua del archipiélago.

LA CIUDAD DE TRINIDAD

Con el espíritu colonial

(*Por Viviana Minzi*) Como el *ajiaco*, comida típica a base de variadas legumbres y carnes secas, el sabor de lo cubano tiene varios ingredientes. El mar, las playas, la historia colonial, la revolución, la música, el baile, el arte y la gente se combinan a su manera en cada uno de los pueblos, parajes y ciudades de la isla.

A 379 kilómetros de La Habana en la provincia de Sancti Spiritus, Trinidad cuenta una parte de la historia. Sus muros empedrados irregulares hablan de Cuba y de América latina en tiempos de la conquista española. Fundada por Diego Velázquez en 1514, es la tercera ciudad más antigua del archipiélago. Viejos palacetes, residencias señoriales, iglesias y plazas. Calles y callejuelas de piedras redondeadas, techos de tejas, grandes ventanales protegidos por verjas de madera, portales, balcones y patios colmados de plantas tropicales, conservan intactos el espíritu de la colonia.

Las aceras rojizas desgastadas confrontan con los furiosos amarillos, celestes, rosados y turquesas de casonas que capturaron en sus paredes los siglos XVI, XVII y XVIII. "El 90 por ciento de lo que se ve, se toca y se recorre es original", reconocen los habitantes de Trinidad. La plaza central, el palacio Brunet, la catedral, la plaza Santa Ana –donde se reunía y fusilaba a los conspiradores contra el gobierno colonial– y el edificio de la cárcel (ahora, museo).

Trinidad selló un pacto con el tiempo y la UNESCO confirmó ese destino al declararla Patrimonio Histórico de la Humanidad. Pero el atractivo de esta ciudad adosada a las colinas de Guamuhaya no se agota en su arquitectura. Su magia nace del nuevo tiempo que construye la particular conjugación del pasado con el presente. Una profunda calma que no se confunde con tristeza ni melancolía se establece apenas un micro de turistas abandona el casco de Trinidad. Los niños deambulando por las calles, mujeres sentadas en las puertas de sus casas sencillas, hombres jugando al dominó, ventanas abiertas y cortinas que dejan entrever mobiliarios coloniales y un viejo televisor.

Bicicletas, peatones y los escasos autos, como en toda la Cuba del bloqueo, y hasta carretas tiradas a caballos, instalan un *siestero* rumor.

Pero la música colma el espacio. De aquí, de allá. Desde aquel restaurante, desde aquel bar, desde aquella casa. Una guitarra, unas tumbadoras, una flauta, una voz. Hay música en todas partes, es que los músicos van con sus *guajiras y sones* a todas partes. Sorprende al ojo foráneo un contrabajo, un violín, una trompeta en medio de la playa. No hay tiempo ni lugar impropio para que los cubanos lleguen con sus instrumentos. Tampoco hay fronteras para la *conga*, el *mozambique*, la *guaracha* o la *rumba*. Donde haya música hay baile y donde hay un negro o una negra hay contoneos imposibles de imitar. El ron, en sus variadas formas, tampoco tiene horas. Un *ron collins*, a media mañana, un *mojito* al mediodía o un *daiquiri*, más hacia la tarde. En una casona, el bar Canchanchara (calle Real 70) prepara y convida la bebida que le da nombre, con limón, miel y aguardiente. Subiendo por las mansas callecitas se llega a la Casa de la Trova, instalada en otro de los viejos edificios. Las sillas se disponen frente a un austero escenario, los músicos rotan, el público entra y sale. A las dos de la tarde, hora en que las grandes *cities* del mundo se retuercen en su vorágine, los cubanos hacen tiempo para escuchar y aplaudir a un "humilde" trovador.

Típica de toda la isla, las casas de la Trova marcan el lugar reservado que la música tiene en la cultura popular. En la periferia del casco histórico, prolijas pintadas, que recuerdan al Che Guevara y a José Martí, rezan: "El amor y la humildad es principio elemental para una revolución". El mar Caribe está allí cerca.

PLAYAS INOLVIDABLES

Varadero, un mundo aparte

Quienes llevan a cuestas muchos viajes por el Caribe sostienen que Varadero, Santa Lucía y otras playas cubanas son las más fabulosas de toda la región. Agua cristalina, baja pendiente y la temperatura soñada.

Poco importa si algo que es bello ya es tradicional. ¿Cuántos metros de inmejorables playas puede la naturaleza juntar en un mismo lugar? Baja pendiente, agua cristalina, arena tipo triple cero, la temperatura soñada a lo largo de veinte kilómetros de costa.

En Varadero las amarras se reparten a pocos amigos: playa, naturaleza, artesanías, chalés de madera e intimidad. El mismo criterio asume Santa Lucía, al otro lado de la isla. Por su parte, la historia y la tradición, populosas en Cuba, hicieron reservas para atracar en los malecones de La Habana y Matanzas, a poca distancia de separación del privilegiado balneario de Varadero.

Tal es la extensión de las playas de Varadero que el lugar conserva siempre rincones de privacidad, aunque sea promocionado a la vez en varios países del mundo. Desde La Habana hay que recorrer 134 km para llegarse hasta allí y tan solo 33 desde Matanzas.

Varadero es un punto aislado de Cuba. Una fina porción de tierra, la península de Hicacos, penetra en el mar Caribe formando un mundo aparte, un universo que se abona mayormente en dólares. El más amplio stock de máscaras de esnórquel de la isla se encuentra en sus tiendas de ofertas turísticas. Botes de fibra de vidrio con modernas velas y yates surcan sus aguas cuidándose de no darle por la cabeza a algún buceador en Chapelín o Gaviota. Los hoteles, majestuosos, son de "calidad internacional" si bien la "calidad cubana" nada tiene que envidiarles.

Hacia la mitad del XX fue reducto de potentados patrones del *gran país* del norte que construyeron allí mansiones a la altura de sus pretensiones. Cerca se hallan la aldea de pescadores Las Morlas y la villa Las Cárdenas, donde la actual bandera cubana fue elevada por primera vez en 1850, un pueblo que se mueve a ritmo de pedal cuando no recurre a una buena montura.

El aislamiento de Varadero es más de atmósfera que de distancia geográfica. Matanzas presenta una opción auténtica para acercarse a la Cuba que viven los propios cubanos, ésa en la que el sol calienta techos y campanarios, además de palmeras y arena.

Matanzas es única por los puentes que posee. Atraviesan la ciudad dos ríos, el Yumuri y el río San Juan, de aguas verdes, desembocando en una hermosa bahía. El palacio Junco, del siglo XIX y restaurado cuando aquí se ganaba el mundial, es una de las expresiones arquitectónicas más valiosas de la ciudad. La provincia de Matanzas alcanza también la costa sur de la isla grande. La península y la ciénaga de Zapata aparecen como uno de los sitios naturales cubanos más difíciles de explorar por sus rasgos topográficos.

La historia y el ocio. Varadero y Matanzas, Santa Lucía y La Habana. Un poco más allá, dos hermanos, Coco y Guillermo, afinan sus cayos para completar la aventura de naturaleza y placer.

La opción de Santa Lucía

Casi conservando la misma cualidad agreste, con playas casi inexploradas y que no se alcanza a ver dónde terminan, el balneario de Santa Lucía es la opción renovada que Cuba decidió mostrar al mundo. Como Varadero, pero sin ser un lugar tan nombrado como aquel, Santa Lucía está lejos del ruido, lejos de las calles de cemento. Por el contrario está al pie de uno de los arrecifes más espectaculares del mundo, ideales para reconocer bajo el agua toda clase de especies marinas frente al viejo canal de Bahama.

El equipamiento hotelero es completo y posee distintas categorías y una adecuada ambientación playera con cabañas y palmeras al lado de piscinas. Desde Buenos Aires, se combinan salidas con otros destinos de Cuba.

Para aumentar el placer, los hoteles brindan todo el apoyo náutico necesario para disfrutar el espectro cristalino de las aguas del Caribe.



Con los cruceros, la diversión suelta amarras

Los cruceros han desembarcado en Buenos Aires como nunca antes lo habían hecho. Destinos como el Caribe o las cálidas playas de Brasil se hallan entre los puertos más visitados por estos colosos de altamar capaces de transportar almas dispuestas a todo lo que la tripulación pueda proponerles para pasar una inolvidable estancia.



Disfrutar de una piscina en altamar. Además, casino, juegos, baile, cenas, todo a disposición del "navegante".
Los cruceros ofrecen muchas cosas divertidas para hacer durante los días que dura la travesía.

Cada vez son más los barcos que se construyen. Cada vez son más grandes. Nada en el tema de los cruceros va a menos según las últimas tendencias del mercado mundial de la navegación turística. Son más los avisos y es más amplio el abanico de personas que se ven atraídas por hacerse a la mar para buscar lo que la tierra no les pudo dar.

Si durante el año laboral o profesional la idea es echar cable a *tierra,* las vacaciones cobran mayor sentido si se busca hacer lo contrario: el desconecte. La palabra "crucero", que antes encerraba para muchos un mundo misterioso de ensueño, de pantalla chica, que no creían poder alcanzar, ahora es sinónimo de un placer (como fue siempre) extensivo que alcanza a familias, jóvenes, matrimonios y personas solas, quienes descubren a bordo de un barco el lugar ideal para unas vacaciones distintas. Tal es así que los que presentaron al menos una vez tarjeta de embarque quieren volver a vivir esos días llenos de magia donde el cielo, el mar y los destinos más encantadores son sus compañeros de ruta en todos los mares del mundo.

Cuando el barco zarpó ya nada puede volver a donde estaba a menos que se posea buenos brazos para desandar el camino a nado. Por eso es que todas las actividades están perfectamente organizadas por personal especializado que desde las 8 A.M. hasta más allá del fin del día se dedica únicamente al bienestar de los cruceristas.

Cine y teatro –para la cuota de cultura–, casino y discoteca –a los pocos hábiles despreocuparse, el meneo del barco ayuda–, piletas y jacuzzi –para prepararse para lo anterior–, gimnasio y sauna con masajes –por si el jacuzzi fue poco–, cancha de tenis y voley –sin *ballboy*–, orquestas y shows –para olvidar los fracasos en el tenis y el voley–, músicos y bailarines, torneos sociales y deportivos, todo lo que en conjunto ameniza las horas del día y de la noche.

También desde el puerto de la más austral de las capitales del ruido americano, Buenos Aires, la diversión zarpa desde las dársenas porteñas. Verano tras verano, los cruceros salen desde nuestro amarradero hacia donde las maderas de los muelles queman los pies, hacia donde las caídas accidentales al agua pueden traer algunas consecuencias excepto la hipotermia, hacia Brasil o el Caribe. Barcos que van y vienen. Que exportan argentinos y traen extranjeros de todo el globo, reconfirmando con cada llegada que la Tierra es redonda.

Hoy, en las gélidas aguas de la Antártida y Alaska, en los mares de la Polinesia o en el milenario mar Mediterráneo, cientos de barcos son una presencia constante. Entre las varias compañías que realizan cruceros por el mundo, una de ellas nació en Génova, donde se educaron grandes navegantes, incluido el mismísimo descubridor occidental de América. La italiana Mediterranean Shipping Cruises ofrece desde la temporada '95/'96 viajes partiendo de Buenos Aires que reiteran símil itinerario este verano, comenzando mañana, 23 de diciembre, con el crucero de Navidad y Año Nuevo.

Para los amantes de lo lejano, la compañía ha trazado circuitos por Sudáfrica, el océano Indico y en contratemporada (abril a noviembre) desde la ciudad de Génova, recorriendo el Mediterráneo Oriental y Occidental.

Los barcos no detienen nunca su motor. Los cascos de los cientos de cruceros que recorren el líquido elemento terrestre se mantienen blancos a pesar de atravesar aguas marrones, azules, verdes. Arriba, nadie está verde ni azul sino lo más parecido al marrón del sol o al granate del delirio con que la tripulación (la que trabaja) se encargó de transmitir a la otra tripulación, la que por la mañana juega al tenis, luego de ir al gimnasio, previo paso por la pileta y el jacuzzi, para posteriormente tirarse unas fichas por el casino mientras espera la llegada de los bailarines, antes de ir a dormir.